

Plegarias silenciosas

Eduardo Antonio Parra

Autor de Nostalgia de la sombra y Los límites de la noche, entre otros volúmenes de cuentos, Eduardo Antonio Parra es uno de los narradores más notables de la literatura mexicana actual. En este relato el escritor nos sumerge en el fascinante universo de la beatificación del crimen.

Para Élmer Mendoza

—Regresé, madre.

El único cuarto de la vivienda se hallaba a oscuras y Tadeo sufrió un estremecimiento al entornar la puerta: se sentía adentro una presencia extraña; una respiración ansiosa llenaba el espacio. Inquieto, rastreó en la oscuridad la silueta de Milagros, quien casi siempre lo aguardaba sentada a la mesa, pero esa noche era más negra que las anteriores y no le permitió distinguirla.

—¿Dónde está usted?

Palpó las tablas del muro hasta dar con el interruptor. No había luz. Me lleva, ya se volvió a saltar el pinche diablo, maldijo mientras esculcaba su pechera en busca de cerillos. Raspó uno contra la lija de la cajetilla y el cuarto se iluminó con una chispa que batió las sombras sólo para enseguida extinguirse con un siseo. Olía a cera quemada, a encierro, a iglesia antigua. Las manos de Tadeo perdieron firmeza, el desasosiego entorpecía sus movimientos. Por un instante imaginó que desde la negrura lo acechaban el comandante Cabrera y Camacho, que mantenían a su madre cautiva y se preparaban para torturarlos a los dos. Cuando pudo sacar otro cerillo, escuchó un rumor sordo, semejante al de una caja de cartón arrastrada por el suelo. La yerba, pensó. Esta

vez puso cuidado en la operación y al mirar la lumbre arder en el hueco de sus manos respiró con alivio. Alzó la flama. No había ningún extraño; sólo la anciana dormitando sentada en el borde de la cama. Tadeo dio unos pasos hacia el mueble situado junto a la estufa, donde guardaba las veladoras. Prendió una y la colocó en la mesa.

—¿Volviste, Tadeo?

La voz de Milagros, que parecía reptar por las paredes, lo sobresaltó, aunque logró sostener la veladora encendida y vertical. Antes de responder, tomó otra y le dio fuego con el pabilo de la primera. La oscuridad disminuía.

—Sí.

—Te fue bien, ¿verdad?

—Gracias a Dios. ¿Cómo supo?

—Porque huelo que le estás poniendo sus lucecitas al santo.

—Es que no hay luz, ma.

—¿La vendiste...? ¿Toda?

—La que me llevé. Y bien vendida. Me pagaron bien. Mire.

Se arrimó a la anciana tendiéndole un fajo de bille-

tes olorosos a sudor. En vez de tomarlos, ella se aferró al antebrazo de su hijo para levantarse y fue hasta la estufa apoyándose en los respaldos de las sillas.

—Este santo es bueno, ya lo decía yo. Con él de tu lado no hay comandante que valga. Siéntate. Te voy a hacer tu cena.

—No se moleste, madre.

—Que te sientes te digo.

Obedeció con un gesto de condescendencia que su madre no podía ver. Hundió el dinero en el bolsillo del overol y se acomodó en la mesa en tanto contemplaba a Milagros desenvolviéndose con soltura en la penumbra del espacio destinado a la cocina. Ése era su pequeño reino. Ahí se sentía segura, cerca de sus santos y armada con sus oraciones.

Desde el accidente que le había arrancado la vista, Milagros raras veces se aventuraba fuera de la vivienda. Ahí recibía la visita de las otras beatas de la colonia que le llevaban las noticias y los chismes que la mantenían en contacto con el mundo. Si nadie iba, pasaba las horas con el rosario en la mano, musitando padrenuestros y a vemarías, esperando que Tadeo volviera con bien. Pero en ocasiones Tadeo dejaba de ir durante días, porque andaba de viaje o porque Camacho y el comandante lo habían detenido; entonces la anciana agarraba su bordón y caminaba con dificultad rumbo a la capilla del barrio para arrodillarse ante la imagen de la virgen de Guadalupe.

La manteca comenzó a crepitar en la cazuela. El olor a encierro pronto fue cubierto por otro, picante, terroso, que hizo salivar a Tadeo. Condujo una mano al estómago, se lo sobó y sus músculos se relajaron. Me va a caer bien un taco, se dijo. Luego recorrió con la mirada la pequeña vivienda. Entre los dos la habían convertido en una capilla dedicada a la veneración donde el peligro y las preocupaciones no tenían cabida. Tadeo disfrutaba el aroma de la cera al derretirse, el del incienso, cuando había, el murmullo constante de los rezos de su madre, pero sobre todo gozaba esa paz sacra que tan sólo se rompía, como ahora, con el aceitoso chisporroteo de los alimentos que Milagros cocinaba.

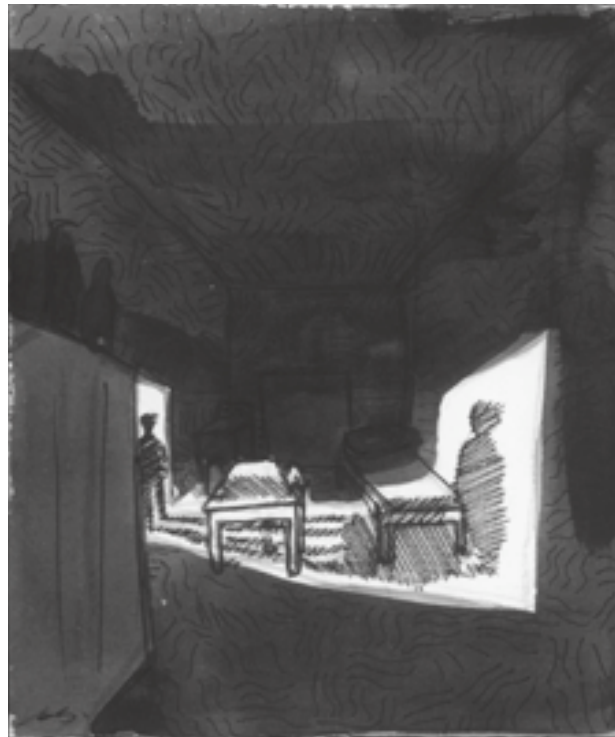
Dirigió la vista a la parte superior del ropero donde, medio sumergidas en sombras movedizas, estaban las figuras de bulto de sus protectores. San Judas, su patrono, encabezaba la hilera con su manto verde, su medalla dorada en el pecho y en la diestra un bordón semejante al de la anciana. Junto a éste, el Niño Fidencio, sanador de cuerpos y almas, que Milagros y Tadeo habían traído de Espinazo, adonde peregrinaron con la esperanza de que ella recuperara la vista. Después de visitar cada uno de los lugares sagrados de ese pueblo, y de embarrarse de lodo pestilente desde las plantas de los pies hasta la coronilla en un zoquetal que los fieles llamaban El Charquito, Milagros concluyó que si el Niño

no le permitía volver a mirar era porque Dios así lo había dispuesto.

—De todos modos no fue en balde el viaje, m'hijo —le aseguró—. Todavía estoy ciega, es cierto, pero sin dolencias, y eso también es de agradecerse a mis años.

Tadeo se conformó de mala gana, aunque nunca acabó de entender por qué Milagros había insistido en llevar a casa la imagen de un santo a quien él consideraba un fraude.

Ahí seguía Fidencio, con su mitad sacerdotal y su mitad guadalupana, empolvándose a un lado de la Santa Muerte encaramada sobre el mundo, a quien su madre elevaba plegarias secretas. En el extremo reposaba la ima-



Morada



Luz

gen más reciente del altar, la del santo bandido Malverde, que él había comprado en su último viaje.

¿De cuál de ellos habrá sido la presencia que sentí al llegar?, se preguntó en tanto volvía a percibir la respiración extraña. De nueva cuenta los contempló uno a uno a la distancia y, como si se adelantara del resto, el bandido sinaloense capturó su atención. Según Milagros, Malverde había sido un asaltante que siempre repartía el producto de sus robos entre los pobres, hasta caer preso de los rurales de Culiacán que lo colgaron de un árbol. Desde entonces Dios lo había hecho santo y protegía con su poder divino a quienes sabían agradecerle sus favores. Sí, seguro fue él. Quiere su recompensa, pensó Tadeo, y se puso de pie para llevarle una de las veladoras.

Era un busto en el que el salteador de caminos vestía camisa blanca, paliacate negro al cuello, tenía la piel sonrosada, cabello negro y bigote también negro con un corte fino.

—Gracias, Malverde, por tu protección, —murmuró Tadeo al arrimarle la luz—. Por librarme de mis enemigos y por haberme ayudado a vender la yerba. Amén.

Iba a besar la frente de la estatuilla, pero se detuvo porque se trataba de un santo muy viril. Lo miró bien. Más que un hombre de Dios, Malverde parecía actor de cine.

—Oiga, ma, me acabo de dar cuenta que este santo es igualito a Pedro Infante.

—No tiene nada de raro, m'hijo. Pedro también era de Sinaloa. A lo mejor hasta fueron parientes.

Sí, eso debía ser. Reacomodó el vaso con el fin de situarlo justo delante de Malverde, y al hacerlo acercó los dedos a la flama. Hubo un breve chirrido. Por instinto sacudió la mano y la penumbra se agitó en los rincones. Sin embargo, ahora estuvo seguro de que había sido una agitación amable, un saludo, una reverencia de bienvenida que le brindaban las sombras de la casa. La anciana seguía absorta en la estufa. No se da cuenta de nada, se dijo Tadeo en tanto comprobaba que sus dedos no habían sufrido quemaduras. La piel estaba intacta, salvo por la cicatriz que le había quedado a causa de un portazo del comandante Cabrera. Se santiguó y regresó a la mesa donde se puso a contar los billetes mientras Milagros terminaba de dar cucharazos dentro de la cazuela de barro.

* * *

¡Párate! El grito venía de lejos y antes de llegar a él se mezcló con el ruido del viento, el barullo de la gente y los pitidos de los carros. ¡Que te pares, pendejo! Iba distraído proyectando planes para el dinero que el Jarrocho le había prometido por la mercancía. Cuando escuchó los zapatazos en la banqueta, creyó que se tra-

taba de los pandilleros de la esquina en persecución de algún desgraciado. Luego reconoció la voz jadeante de Camacho que repetía la orden. ¡Tadeo! ¡Párate! ¡Quédate ahí! Entonces volteó. El judicial daba zancadas muy cortas para su estatura, adelantaba los brazos, la cara parecía contraérsele a causa del esfuerzo y sus cachetes se zangoloteaban a cada paso. Aunque su reacción fue tardía, Tadeo estaba seguro de poder sacarle ventaja. Arrancó por la acera, esquivando con un quiebre de cadera a los caminantes más cercanos, pero en cuanto se estrelló con una pareja de novios, lanzándolos contra el pavimento, optó por atravesar la calle. Corrió un buen trecho por el arroyo, junto a los coches que aguardaban el cambio de semáforo, y al ver que Camacho se quedaba atrás dio vuelta en la esquina. Ya me la pellizcaste, mastodonte. Por esa calle, a media cuadra, se abría un callejón cuyo extremo colindaba con un lote baldío. Aquí me le pelo, se dijo Tadeo. No recordó que los judiciales lo conocían bien y sabían sus movimientos. Al doblar, el puño de dedos anillados del comandante Cabrera se le hundió en el estómago. ¡Caíste como siempre! Las piernas se le aguaron y se derumbó junto a la pared. Una patada en el pecho lo sacudió enseguida, dejándolo sin aire. Dentro de su cabeza se generaba un rumor sanguíneo que, no obstante, le permitió oír los bufidos de Camacho al llegar. ¡Hijo de tu chingada madre! ¡Te dije que no corrieras! Los golpes lo aturdían, lo hacían sentirse mareado, lleno de asco. ¡A ver si así aprendes a obedecer, pinche jaulero! Ya, Camacho, déjalo. Tráete el carro. Y tú, Tadeo, ponte de pie. Lo intentó, pero su cerebro nublado era incapaz de dirigir el cuerpo y las corvas no le respondieron. ¿Por qué me detienen?, quiso preguntar y no oyó su voz. ¿Quién les dijo? Entonces sus tímpanos se dolieron con el chillar de unas llantas y un ardor en el cuero cabelludo le indicó que lo estaban levantando. Ya sabes lo que sigue, Tadeo. Súbete. Apoyó las manos en el carro y oyó que una de las puertas crujía. No sintió dolor, sólo presión en los dedos y un poco de ardor al ver correr su sangre. Luego unas esposas tintinearón. Te vamos a llevar un rato al hoyo para que nos respondas unas preguntas.

* * *

Después de perder y reiniciar la cuenta un par de ocasiones, acomodó el fajo sobre la mesa. Ni en sus mejores robos había conseguido una cantidad semejante, y aún quedaba el resto de los paquetes que había sacado de casa de Cabrera. Ésos ya estaban apalabrados con el Pelón, así que muy pronto duplicaría la suma. Voy a tener para llevar a la jefa con un doctor, para rentar una casa de material y hasta para comprar otra cama. Guardó el dinero al ver que Milagros estaba sirviendo un plato.

—Valió la pena el viaje hasta Culiacán, ¿verdad, ma?

No vuelvo a caer en el bote, no señor, pensó Tadeo en tanto probaba los chilaquiles. Ni ese cabrón de Cabrera ni el puto de Camacho me vuelven a ganchar. Mientras mamá y yo téngamos contento a Malverde, voy a seguir libre. Milagros puso frente a él una cerveza tibia y Tadeo la apuró porque el chile hacía que unas gotas de sudor le brotaran de la coronilla. No saboreaba la comida, se la metía en la boca y la masticaba con tenacidad, como si comer fuera parte de una rutina impuesta y quisiera salir de ella lo más pronto posible. Aunque si no hubiera sido por su última detención, no se habría enterado de que el comandante ocultaba tanta yerba en su casa.

Tras varias horas de interrogatorio, cuando lo creían desmayado, Camacho y Cabrera se habían puesto a fumar para bajarse el cansancio. Oiga, jefe, este infeliz ora sí no sabe un carajo. Ay, pinche Camacho, de veras nunca vas a aprender. Estos malandros así son: se hacen que la virgen les habla pero traen toditita la torta escondida en los riñones y hay que aflojárselos para que la suelten. ¿Ya te cansaste de pegarle? ¡Pos dale su agüita, güey! Este cabrón fue el que se enjauló anca los Zaragoza, me cae. Todavía ha de tener las pieles, y si las vendió nos va a decir a quién y qué hizo con la feria. Pero ya lo madrié bastante y no suelta prenda. Mírelo, hasta tose sangre. Si le sigo dando, capaz que se nos va. Pos lo aventamos al río, Camacho, no te apures. Las voces de los policías llegaban a Tadeo como filtradas por un muro. No sentía dolor, sólo aturdimiento, cansancio, ganas de morirse. Por momentos creía que no hablaban de él, sino de algún pobre infeliz tirado en el piso de otro separo que resistía la tortura con valor suicida. Orita que despierte vuelves a tupirle. ¿Ya no te acuerdas de los gabachos que no querían decir dónde habían clavado la mota? Mi comandante, éstos eran mariguañeros valines. Además los gringos son blanditos de por sí. Estos cabrones en cambio son retecorreosos, se acostumbran a las calentadas desde huercos. No importa, Camacho, tú nomás espérate a que se despierte y le das su agüita. Ahí está el piquín. Vas a ver cómo suelta todo.

—¿De cuál chile le puso al guisado, ma?

—Serrano. ¿Te picó? ¿Quieres otra cerveza?

—Échemela.

—Ten. Yo me voy a acostar. Tú también deberías. Has trabajado mucho.

—Me la tomo y me duermo. Descanse, madre.

Milagros retiró la cobija que cubría el colchón y la puso en el suelo de tierra. Tadeo veía sus movimientos

un tanto borrosos desde la mesa. La anciana abrió el ropero, extrajo un sarape y lo extendió. Enseguida, con el rostro vuelto hacia donde brillaba la llama de la veladora, se sentó en el lecho bisbiseando peticiones al otro mundo. Él sabía que Milagros decía diferentes plegarias para suplicar favores de acuerdo con el poder de cada santo. A Fidencio le pedía salud. A la Santa Muerte, vida. San Judas, pastor de los desesperados y de los ladrones, era hasta hacía poco el encargado de velar para que salieran bien las actividades de Tadeo, pero ahora que había cambiado de giro y se dedicaba al comercio de yerba esa tarea recaía en Malverde.

Cuando terminaba de rezarle a uno, Milagros se persignaba antes de reemprender sus oraciones con otro. Esa noche despachó rápido a Judas, a Fidencio y a la Muerte, pero al llegar con el santo culichi entrelazó con fuerza los dedos de ambas manos y los llevó a la altura del mentón. A Tadeo le pareció ver que los labios de su madre se movían con fervor excesivo. El volumen de su voz fue en aumento. Milagros recitaba una letanía, semejante a un sollozo repetido. Si hubiera ido a Culiacán antes, se dijo Tadeo, Cabrera no me habría ganchado. Pero mamá todavía no me contaba de tu poder, san Malverde.



Plegarias silenciosas

Esta vez, tras la invocación, hasta la anciana se dio cuenta de que algo raro ocurría dentro del cuarto. Volteó a los lados como si intentara reconocer un olor o un ruido.

—¿Tadeo, abriste la puerta?

—No.

Quiso decirle que él también lo había sentido, que no se asustara, que quizá se trataba del santo visitando a sus fieles para mostrarles que nunca dejaba de estar al pendiente de ellos, pero una masa gorda en la garganta le cerró la voz. Milagros había iniciado de nuevo sus plegarias, ahora con una sonrisa en los labios. Tadeo agarró la botella y bebió del líquido amargo, caliente, hasta sentir que la masa se diluía. Luego recargó los codos en la mesa y se cubrió la cara con las manos.

* * *

Camacho, ya despertó este jijo. Órale, a darle. No, jefe, no ha despertado. Nomás se está quejando en sueños.



Malverde

Ha de tener pesadillas. No te ablandes, Camacho. ¿Ya no te gusta el jale? No, no es eso, sino que se me hace puro desperdicio de fuerzas: pa mí que este rata no sabe nada. ¿Y luego lo que nos aseguró el Pollo Calderón? Entonces fue el Pollo, pensó Tadeo procurando no moverse justo cuando comenzaba a sentir una brasa en el estómago. Él me puso el dedo. El ardor se convirtió pronto en un dolor agudo que se iba desparramando por el hígado, por los riñones, por la columna vertebral con fuertes punzadas. Camacho no golpeaba al azar; acomodaba el puñetazo allí donde hacía daño, donde el dolor duraba y crecía. Tadeo comprendió que no podía fingir su desmayo por mucho tiempo más: un grito ya le recorría las entrañas y no tardaría en alcanzar su boca. La verdad es que al mentado Pollo yo no le creo, comandante. Siempre nos da nombres nomás pa sacarle al bulto. ¿Y lo de los gabachos qué, güey? Nos dijo que habían comprado lo menos cien kilos de yerba y ésos fueron los que les atoramos, ¿o no? Sí, eso fue neta, pero ni así le tengo confianza a ese cabrón, mi comandante. El sufrimiento de Tadeo estaba a punto de desbordarse. Apretaba las mandíbulas mientras sus huesos temblaban y su rostro se cubría de un sudor helado, como en un acceso de fiebre. Me estoy quebrando. Debo hacer un esfuerzo. Maldito Pollo hijo de puta, deja nomás que te agarre. Tosió, y escupió un gargajo de sangre. Oiga, jefe, ¿y usted ya vendió su parte? Yo no vendo a lo tarugo como tú, Camacho. Todavía la tengo c la vada en la casa. Estoy esperando a un compa del otro lado, me la paga bien. Además, ora chance y el negocio se duplique: le voy a ofrecer las pieles que le bajemos a este pendejo. Tadeo ya no pudo contenerse. Al tiempo que un gemido largo y agudo, como el de un perro apaleado, se le escurría entre las mandíbulas, un líquido cálido de olor acre resbalaba de su entrepierna al piso. Mire, jefe, ya se despertó el angelito. ¡Y meado! A ver, Camacho, jálately para acá, rápido. Agarra la botella y el piquín, yo te lo detengo. ¡Ora sí, pinche puerco! ¡Nos vas a decir dónde están los cabrones abrigos que le birlaste a los Zaragoza! ¡Habla o aquí nos quedamos hasta que se te funda el cerebro!

* * *

Incluso acostada, Milagros continuaba moviendo los labios en una plegaria silenciosa. Al observarla Tadeo sintió escozor dentro de la nariz. Se la estrujó, después se talló los párpados, al final respiró hondo sólo para comprobar que nada obstruía los senos nasales. Pinche comandante, pensaba. ¿Qué dices ora? Según tú muy chinguetas, pero soy yo quien está vendiendo tu mota. Tomó la veladora y fue al rincón. Abrió una caja y a la luz de la flama repasó los ladrillos de yerba envuelta en celofán. Se llenó con el aroma y, por un segundo, tuvo el impul-



© Sandra Doleiras

Cabrera y Camacho

so de abrir un paquete para forjar un cigarro. Lo prometiste, Tadeo, se recordó. Estás jurado con san Judas y la virgen. Recogió la colcha. La tendió junto a la cama de su madre. Luego se echó sobre ella pensando que al día siguiente, cuando le entregara los ladrillos al Pelón, se vería libre de tentaciones.

Vista desde el suelo, la vibrátil silueta de Malverde era la de un gigante en actitud alerta: hombros en escuadra, torso erguido, cabeza alta, firme. Conforme la llama descendiera dentro del vaso, la sombra crecería en la pared, alcanzaría las láminas del techo donde, después de quebrarse en ángulo recto, se extendería hasta dominar todo el cuarto con su presencia. Tadeo lo había visto las noches anteriores. Un temor reverencial lo embargó, el mismo que se había apoderado de él al entrar con paso dudoso en la capilla del santo.

* * *

La idea del viaje a Culiacán había sido concebida por Milagros como el pago de una manda anticipada. Se le ocurrió después de enfermarse de angustia los días que duró uno de los interrogatorios de su hijo. Cuando Tadeo regresó hecho un santo cristo a causa de los golpes, por primera vez desde el accidente agradeció al cielo la ceguera de su madre. Pero no pudo evitar que durante las noches ella escuchara sus quejas, los gemidos de terror, las súplicas entre sueños. ¡Por la virgen-cita, comandante! ¡Ya no me peguen! ¡No soporto más! ¡Yo no sé nada! Una mañana, mientras Tadeo se vestía procurando que las heridas no le escocieran, Milagros le puso un montón de billetes arrugados en la mano. Son mis ahorros, dijo. No es mucho, pero te ajusta. ¿Para

qué, ma? Tienes que cambiar de patrono porque esa gente está enconada contigo. En Culiacán hay un santo que es enemigo de la policía. Ese dinero es para el camión. Ve, pídele ayuda y tráetelo para acá. Estoy segura de que te va a hacer caso si lo visitas.

* * *

—¿Ya te dormiste, m'hijo?

Tardó en reconocer la voz cavernosa, hombruna, de Milagros y la impresión le rasguñó el vientre.

—Estoy despierto, ma.

—Es que se me olvidaba... Vino Elenita, la de don Poncho Treviño, la de la esquina. ¿Sí sabes?

—¿No era viudo ese viejo?

—Se tomó un café conmigo y me dijo que en la orilla del río hallaron el cadáver de un hombre. Quesque estaba retegolpeado y ya llevaba varios días en el agua. Se me hace que te lo he oído mentar. El Pato... algo así. No, le decían el Pollo.

La sombra en la pared tiritó con un cambio de luz. A Tadeo se le fue la sangre al cráneo y un mareo lo hizo apretar los párpados. Sus pupilas se llenaron de círculos de colores. Milagros continuaba hablando. Describía las marcas de las heridas en el cadáver igual que si hubiera estado en la ribera, pero su hijo no la escuchaba, su mente había retrocedido a los separos donde los judiciales fumaban mientras él se tragaba en silencio su propia sangre. Mencionaron al Pollo, recordó. Era su soplón. Seguro también lo jalaban seguido al agujero para darle su calentada y ahora se les fue la mano. Aunque pensaba que el Pollo se merecía todos los males por traidor, no pudo evitar un acceso de lástima.

—¿Se apellidaba Calderón?

—Ése. ¿Era tu amigo?

—Lo conocía nomás.

—Pos quién sabe quién lo haya matado. Pobre. Yo ya no entiendo el mundo, m'hijo. Bueno, te quería contar. Ora duérmete.

Rodó sobre la cobija con objeto de darle la espalda a su madre y a la sombra del santo. Cabrera y Camacho. No hay duda, fueron ellos, se repetía. Lo madrearon para que escupiera quién se robó la yerba. Giró de nuevo hasta quedar bocabajo. Imaginaba al comandante, más enfurecido que nunca, gritándole a Camacho que pegara otra y otra vez. ¿Y si se nos muere, jefe? Lo tiramos al río, no te apures. Tadeo no encontraba acomodo. En cualquier postura sentía la respiración densa, difícil, como si sus pulmones necesitaran más espacio para llenarse de aire. El pensamiento de que el Pollo había muerto por culpa suya no lo dejaba en paz. ¿Y si para detener la golpiza me señaló? No tenía cómo saber que yo fui, pero igual ya me había acusado antes. Tras incorporarse un poco, volteó con temor hacia la puerta. Enseguida recordó que Milagros había dicho que el cuerpo llevaba días en el río. No, ya hubieran venido. Miró al ropero. Además, tú me proteges, ¿verdad, Malverde? Esta vez la sombra permaneció inmóvil, igual que una plasta de carbón en la pared.

* * *

Al pisar el interior de la capilla se había sentido desilusionado. Esperaba algo suntuoso, que indicara grandeza, poderío. Caía la tarde en Culiacán y los últimos rayos solares, si bien recalentaban la construcción, no llegaban hasta el altar. La calle era ruidosa; había tráfico nutrido y mucha gente en las aceras. Tadeo se agachó para cruzar el umbral del adoratorio y adentro se encontró con el busto del santo bandido flanqueado por san Judas y la virgen de Guadalupe. ¿Éste es el protector del que hablaba, madre? La escultura de porcelana, de trazos toscos y mal pintada, le pareció poca cosa en medio de aquel hervidero de flores, veladoras ardientes y exvotos. El aire cargado de olores grasos, el techo muy bajo y lo estrecho de los muros oprimían el ánimo. No obstante, Tadeo se arrodilló en el único reclinatorio, hizo la señal de la cruz y, tratando de reprimir su desconfianza, oró en silencio. Como no creía que un santo de tan modesta apariencia pudiera ser tomado en serio, no se ocupó en meditar sus súplicas. Sólo abrió la mente para dejar fluir sus temores y deseos, y antes de que se diera cuenta ya estaba implorando, exigiendo suerte, protección y venganza, sobre todo venganza contra sus enemigos. Que pagaran las ofensas que le habían hecho, que sufrieran el triple de lo que él había sufrido, que murieran si era necesario pero que nunca más se

atravesaran en su rumbo. Balanceaba la cabeza, apretaba los puños, se golpeaba el pecho y la frente, gemía con pasión, repetía entre súplica y súplica las oraciones que Milagros le había enseñado de niño y al hacerlo sus labios se cimbraban con un entusiasmo que fue creciendo conforme la noche descendía y se hacía más honda.

Estuvo de hinojos hasta que el retumbar de unos pasos lo sacó del trance. Vienen para acá, reconoció. Sólo entonces se dio cuenta de que ya no se oían otros ruidos en la calle. Sacudió la nuca para despabilarse y se restregó los ojos. Estoy todo tieso. Apenas había conseguido ponerse en pie, tembloroso, cuando las pisadas llegaron detrás de él. ¿Me das chance, compa? El tono era autoritario. Al volverse, Tadeo se topó con un tipo moreno y bajo de estatura, de tejana, saco, camisa y pantalones negros, corbata blanca y botas de una piel que no supo identificar. Llevaba los dedos cuajados de anillos. Tadeo se hizo a un lado para cederle el reclinatorio y aspiró el aroma fresco de su loción, que ya se enredaba con los olores abigarrados del altar. Antes de arrodillarse, el hombre se descubrió la cabeza. Enseguida murmuró unas palabras y se quitó los anillos para depositarlos junto a las veladoras. Extrajo un sobre grueso del bolsillo trasero de sus pantalones y también lo puso frente al busto del santo.

Afuera corría el aire limpio y Tadeo respiró con libertad. Un anciano se aprestaba a recoger el último tendido de estampas, fotografías, hojas de oración y escapularios. Tadeo caminó hacia él. ¿Va a llevar algo, joven? Sí, quisiera una imagen de bulto. Mientras pagaba, advirtió que en la calle había dos camionetas estacionadas, cada una con tres hombres dentro que lo miraban con recelo. Pensó en sus cuentas pendientes e iba a pegar la carrera, mas el viejo, notando su inquietud, se apresuró a tranquilizarlo. No tenga cuidado, joven. Son los hombres del señor, señaló con la barbilla el adoratorio. Están ahí para librarlo de cualquier mal. ¿Usted lo conoce?, preguntó Tadeo. En la ciudad todos lo conocemos. Es uno de los meros chacas. Cada vez que mete un cargamento grande al gabacho se da su vueltecita por aquí para mostrar su gratitud. A mí se me hace que con esta ofrenda volvemos a remozar la capilla completa. Ahí donde lo mira, es muy devoto, por eso siempre le va bien. Tadeo salió del templo rumbo a la central de autobuses dispuesto a tomar el primer camión que lo regresara junto a Milagros. Avanzaba rápido, iba contento, con la sensación de que este santo de veras era efectivo. Ora sí voy a hacerme de centavos. Ya es hora, ¿no? Llevaba a Malverde apretado al pecho, protegiéndolo con ambas manos, y sentía el cuerpo ligero, limpio, como si en cualquier instante pudiera levantar el vuelo.

* * *

Ahora, en tanto veía a la sombra ganar tamaño en la pared, no paraba de pensar en el cadáver abandonado en el río. Los remordimientos se le habían enredado en las tripas y se le retorcían como un montón de gusanos. Sí, yo quería que pagaras, Pollo. Perdóname. Lo pedí aquella tarde. Y seguí pidiéndolo sin pedirlo cada que miraba el altar de mi madre. Pero nunca creí... Pobre Pollo. Cerca de él se escuchaba el roce acompasado del resuello de Milagros en su dentadura incompleta. Descansaba con el sosiego de quien carece de complicaciones. Tadeo, por el contrario, sentía la habitación como si fuera la primera vez que se acostara en ella: el piso demasiado blando, bofo; la cobija húmeda y grumosa, el aire tosco. Por momentos lo envolvía una onda de calor y enseguida le daba frío. Aunque estaba exhausto, durante mucho rato no consiguió despejar la mente. No fue sino hasta cuando se presionó los ojos con el antebrazo que la oscuridad cubrió poco a poco su entendimiento, arrastrándolo al vacío.

Durmió. Mas su reposo fue agitado, lleno de imágenes brutales, de gritos y amenazas, de golpes de memoria que le zarandeaban el cuerpo arrancándole lamentos. Soñó con un gigante que le exigía el pago de un servicio; un tipo alto, nervudo, de brazos larguísimos, cuya voz, semejante a una ráfaga de viento, le soplaba en la cara empujándolo hacia atrás. Cuando el gigante aspiraba, Tadeo comenzaba a ahogarse porque el otro consumía todo el oxígeno a su alrededor. Luego se desvaneció en la negrura como una mancha que se lava con un cubetazo de agua. No supo en qué momento dejó de soñar, ni si las voces que escuchó durante lo que le parecieron horas formaban parte de otro sueño o se trataba de su madre conversando con alguien dentro del cuarto. Una punzada en la cadera luchaba por devolverlo a la conciencia. La apartó de un manotazo igual que si fuera un insecto. Lo atacó un olor a cebolla frita. Le entraba por la nariz y se le metía hasta el fondo del cerebro, inundándole la boca de saliva. Su estómago ronroneó. Tadeo alzó los párpados.

La luz cuajada de polvo apenas daba color a los objetos y no le sirvió para calcular la hora. Ha de ser muy tarde, se dijo. Aunque la cita es hasta la noche: el Pelón tiene que agenciarse los billetes primero. Se incorporó, estiró los brazos y tensó las mandíbulas en un largo bostezo. Los huesos de su columna crujieron, reacomodándose. Buscó a su madre con la vista. ¿Dónde se metió? Milagros se había encogido y había adelgazado tanto a partir de su ceguera que podía pasar desapercibida por momentos. Tadeo la descubrió en un hueco entre la estufa y el mueble donde guardaba las veladoras. Al principio creyó que se escondía de algo o de alguien, pero pronto dedujo que sólo se había parado ahí para vigilar de cerca las cazuelas al fuego. Pobre, se conmovió Tadeo. Así todo le cuesta más trabajo. Si

yo hubiera estado con ella esa vez, orita seguiría como antes.

Había sucedido meses atrás. Tadeo se encontraba en los separos de la judicial a causa de otro pitazo. Al cuarto día de apando, en solitario, muerto de hambre y sed, sin saber ya qué cuento contar para que lo soltaran, la puerta se abrió y en el umbral se delineó la enorme sombra de Camacho. Lárgate. ¿Cómo dijo, señor? Que te pintes de aquí. A tu jefa la atropelló un camión y se está muriendo. Se le olvidaron los malestares y caminó de prisa a la calle junto con el judicial, que ya no pronunció palabra aunque llevaba en el rostro un gesto de compasión. Después le dijeron que Milagros se había enterado de que su hijo no andaba perdido en las drogas, como ella suponía, sino que estaba preso, y al cruzar corriendo una avenida para ir a buscarlo a la comandancia un autobús se la había llevado de encuentro, lanzándola varios metros por el aire. Tadeo acudió a la Cruz Roja y no le supieron dar razón. Fue a otros hos-



Milagros

© Sam DeSims

pitales, recorrió las salas de emergencia, las de terapia intensiva, los cuartos individuales. Nada. Regresó a su casa con el espíritu tan decaído que ni siquiera era capaz de llorar. Abrió la puerta y, al prender la luz, una silueta engarñada en el suelo le provocó un sobresalto. ¡Madre! ¿Está usted bien? Sí, m'hijito. No me duele nada, gracias a la virgen. Nomás que ya no voy a poder trabajar. Y tampoco voy a poder mirarte nunca.

* * *

Una deuda más a tu cuenta, pinche comandante, se dijo en tanto contemplaba los hilos de vapor que ascendían de las cazuelas al techo. Luego pensó en el cadáver hallado en el río y se burló de sí mismo al recordar los remordimientos que lo habían atormentado durante la noche. Carajo, las tonterías que uno llega a creer. En el altar su veladora se había consumido y Milagros la cambió por dos velas, una para la Santa Muerte y otra para el bandolero. Tadeo se puso de pie y se acercó en silencio, tratando de no perturbar el trajín de su madre. Las

velas eran gordas y emitían una luz limpia que magnificaba las imágenes. ¿Por qué sólo le puso a estos dos? La muerte, oronda de su poder, apoltronada sobre el mundo como si lo empollara, mostraba a Tadeo su doble hilera de dientes. Malverde parecía sonreír bajo el fino bigote y en sus pupilas relampagueaba de cuando en cuando el reflejo de las llamas.

—¿Te levantaste, Tadeo?

De nuevo la voz de Milagros retumbaba igual que si brotara de las paredes, viscosa, como si se adhiriera a las cosas evitando el aire.

—Sí.

—Ven. Esto ya va a estar.

—Madre, ¿por qué le puso velas nomás a dos santos?

Ella se apartó del calor de la estufa. Usó los respaldos de las sillas a manera de pasamanos y avanzó hasta el centro del cuarto, muy cerca de Tadeo. En medio de dos telarañas de piel marchita, sus ojos parecían los fragmentos de un espejo roto.

—Porque a los otros no tengo nada que agradecerles.

Es verdad, pensó él. Fidencio no le ha cumplido todavía. Y Judas hace mucho tiempo que me abandonó. Mientras tomaba su sitio en la mesa, por la mente de Tadeo desfilaron los recuerdos de la soledad del apando, de las persecuciones por calles populosas, de las golpizas, de las infernales sesiones con chile piquín y agua mineral, de los gritos del comandante ordenándole a Camacho que golpeará otra y otra vez. Casi volvió a sentir el dolor de la tortura. Nunca más, se repetía cuando su madre dejó un plato repleto y unas tortillas frente a él.

—¿Usted ya almorzó?

—No, hijo. Ya ves que nunca me da hambre.

Los primeros bocados le transformaron el humor. De pronto se sintió lleno de confianza y ambiciones. El trato para realizar la yerba ya estaba hecho; sólo debía ir a entregarla y recibir el dinero. El Pelón era de fiar. Como no veía obstáculos en su futuro, comenzó a trazar planes: tras esta venta, conseguiría un proveedor seguro. Compraría más, mucho más de la cantidad con la que había empezado y no se conformaría con vender aquí, no, viajaría al gabacho, haría contactos, establecería rutas de transporte. Tendría que contratar gente, claro, un ejército de sicarios montados en buenas camionetas y armados con cuernos de chivo, sólo así podría organizar un cártel en el cual sería el mero chaca. Tadeo sonreía con toda la boca, masticaba fuerte, resoplaba. Se visualizaba bien vestido, lleno de joyas. Escuchaba los corridos que le compondrían. A cada paso proyectado en su imaginación, volteaba de reojo al altar en un guiño a Malverde. Ya se ubicaba en la cumbre, con los periódicos hablando de él cada día, con los agentes de la DEA tras su pista, amigo de generales y gobernadores, siempre bajo la protección del santo sinaloense a quien iría a rendir tributo después de cada cargamento enviado



Tadeo

más allá de la frontera, igual que aquel hombre que había visto arrodillarse en el adoratorio.

—Tas contento, ¿verdad, m'hijo?

—Mucho.

—¿En qué piensas?

—En lo que vamos a lograr de ora en delante. Ya empieza a irnos bien, ma. Se lo dije ayer, con la ayuda de este santo, Cabrera y todos sus chalanos me van a hacer lo que el aire...

—Ya no tienes que preocuparte por el comandante.

—No, ya no. Nunca.

—Hoy volvió a venir Elenita, la de don Poncho. Tú estabas dormido...

Sí fueron voces lo que oí entre sueños, se dijo Tadeo. Don Poncho Treviño... Estoy seguro de que era viudo. ¿Se habrá conseguido otra? Milagros siguió contándole a Tadeo algunas noticias de la gente del barrio con voz monótona, mas él no la escuchaba. Lo distrajo una repentina penumbra dentro del cuarto, como si allá afuera una nube hubiera eclipsado el sol. Entonces, igual que la noche anterior, las velas encendidas acrecentaron la sombra de Malverde, ahora acompañada de la de la Santa Muerte, hasta hacerla llegar al techo. Tadeo dejó de sonreír. A la luz de las flamas, ambas sombras se tocaron, se fundieron en una mancha informe que palpitaba semejante a un enorme corazón negro.

—...me dijo que los encontraron, a los dos judiciales, ahí mismo donde sacaron ayer el cadáver de ése que era tu amigo. Igual, con los cuerpos torturados, sin uñas, con quemadas por todas partes, creo que dijo que hasta los caparon. Y que les habían dado el tiro de gracia en la nuca...

Cerró los ojos. No quería ver más. Deseó quedarse ciego como su madre para no seguir contemplando el crecimiento de la mancha en el muro. Pero ni aun con los párpados apretados pudo escapar del rostro de Cabrera, ni de los puños de Camacho que dosificaban la fuerza de sus golpes, ni de sus propios gemidos cada vez más débiles. Las voces resonaban en sus tímpanos. Mire, comandante, este hijo de la chingada no deja de vomitar sangre. Es puro cuento, Camacho, dale otro putazo. A ver, tú, maricón, ¿ya te acordaste dónde escondiste las pieles? ¡No te oigo! ¡No lloriquees y habla claro! Dice que él no se las robó, jefe. Otro putazo, mi buen Camacho. Vas a ver cómo sí se acuerda. ¿Verdad que te vas a acordar, cabroncito? Esas cosas no se olvidan. A ver, haz memoria. Comandante, yo creo que se nos está yendo. ¡Qué se va a estar yendo ni qué la chingada! ¡Zúmbale otra vez para que se aliviane!

—...que creen que se trató de una ejecución o un ajuste de cuentas. O de una venganza. Que segurito algo tenían pendiente con alguno de los meros capos, algún chaca de los de más arriba, quesque porque ésos son sus métodos. ¿Tú crees, m'hijo?



Tadeo a la luz

© Said Dakins

A su pesar, Tadeo volvió a abrir los párpados. La sombra de las dos figuras no paraba de agitarse, sus contornos papaloteaban como si mostraran alegría. Se sintió leve, sin peso y sin ataduras al mundo. Comenzaba a comprender. Entonces, las voces en su cabeza se mezclaron con las palabras de su madre en un remolino de sonidos que venían de muy lejos, aturdiéndolo. No, comandante, yo creo que ya se nos fue. ¡Échale agua! No se nos puede pelar sin decirnos qué hizo con la mercancía. Un cubetazo le limpió la sangre del rostro. Después un estertor fuerte le presionó las costillas. Su cuerpo se cimbraba. Un líquido salado y amargo le colmó la boca, encogiéndole la lengua. Tadeo distinguía sus latidos que poco a poco se volvían lentos, espaciados. Tenía frío. De pronto, su propia sangre comenzó a asfixiarlo. Tosió.

—Cuidado, m'hijo. Mastica bien. No te me vayas a ahogar.

Milagros lo tomó del brazo para ubicarlo y le dio dos palmadas en la espalda. Él la contempló sin reconocerla durante unos instantes. Era pequeña, tenue, casi transparente. Su trato se había hecho más bondadoso conforme su fe aumentaba. Los ojos de Tadeo se llenaron de lágrimas de pronto, al tiempo que su pecho se hinchaba con una paz que nunca antes había sentido. Después miró las paredes de la vivienda, los límites de su único reino.

—Yo creo que ya no voy a salir hoy.

—Qué bueno. Así podemos rezar unas plegarias para nuestros santos. Ya ves que nos han concedido todo lo que les pedimos.

—Sí. Venga, madre, acompáñeme. Vamos a hincarnos. ■